

# Custodio de nuestra tierra chihuahuense

Ignacio Solares

Chihuahua fue determinante en la vida y la obra de Carlos Montemayor. Custodio de esa llama inapagable de nuestras lenguas indígenas, prestó especial atención a los tarahumaras en sus años juveniles y, después, sobre ellos escribió un libro admirable: *Pueblo de estrellas y barrancas*, del que utilicé estas líneas reveladoras como epígrafe en una de mis novelas: “Los tarahumaras caminan incansablemente hasta situarse como otra estrella en el mundo, al que sostienen con sus ritos y creencias para que viva, para que permanezca”. Es realmente admirable suponer —como suponen ellos mismos— que una comunidad en plena extinción por el hambre y la marginalidad, sea el sostén del mundo, uno de los pilares que le impiden caer en el vacío, con toda la fe y el pensamiento mágico que ello implica. Carlos lo creía realmente y esa creencia marcaría su postura política —con sus excesos, quizás inevitables— y buena parte de su literatura. Suponía que la humanidad empezará verdaderamente a merecer su nombre el día en que haya cesado la explotación del hombre por el hombre.

Nuestras familias estaban emparentadas y en la adolescencia —estudiábamos la preparatoria en Chihuahua, él en el Instituto y yo en el Regional— nos veíamos con alguna frecuencia para intercambiar lecturas y dudas sobre Dios y la religión. Coincidimos en la sierra Tarahumara en un viaje al que nos llevaron nuestros profesores. Me llamó la atención su vivo interés por sus costumbres y ritos, pero en especial por la lengua tarahumara, de la que desde entonces empezó a aprenderse algunas palabras. Tenía una auténtica curiosidad por lo marginado, por lo olvidado, por las voces que aparentamos no entender. Por eso, más que por quienes hacen la historia, estuvo siempre con los que padecen la historia.

Al salir de la preparatoria, vinimos a estudiar a la Ciudad de México, en la UNAM, él derecho y yo letras españolas. Alguna vez nos encontramos en uno de los viajes que hacíamos a visitar a nuestras familias en los “Autobuses chihuahuenses”. Era sorprendente su capacidad para, en cierto momento, interrumpir una discusión abismal sobre literatura o religión, apagar su luz y decir categórico: “Es hora de dormir”, lo que conseguía enseguida, igual que despertarse cinco o seis horas des-



Número 20 de la revista *Plural* en la que Octavio Paz cedió la dirección a Esther Seligson, Carlos Montemayor e Ignacio Solares para hacer un número sobre la joven literatura



Carlos Montemayor con Sebastián e Ignacio Solares

pués —el viaje duraba más de quince— sin padecer algunas de las formas del insomnio o de eso que llamamos duermevela.

Él creía que esa capacidad para dormir cuando le viniera en gana tenía que ver de alguna manera con su creencia en lo “mágico primordial”, anterior a los razonamientos y desvíos de nuestra cultura occidental. Le gustaba citar a Paul Éluard: “Hay Otro mundo, pero está en éste”.

A finales de 1972, yo entré a trabajar con Octavio Paz en la revista *Plural* y en mayo de 1973 Paz nos cedió la dirección de la revista a tres jóvenes escritores para hacer un número, precisamente, sobre la joven literatura mexicana: Esther Seligson, Carlos Montemayor y yo. Es un número sintomático, tanto por los que están, como por los que faltan. Carlos eligió a los poetas: Alejandro Aura, Joaquín Xirau, Jaime Reyes, Mario del Valle, Carlos Isla, Carlos Páramo, Ulises Carrión, José Joaquín Blanco, Daniel Leyva... Esther y yo a los prosistas: Luis González de Alba, Federico Campbell, José Agustín, Gustavo Sainz, Hugo Hiriart, Agustín Monsreal, Juan Tovar... Por esas fechas, Esther, Carlos y yo nos fuimos a celebrar al restaurante Cucú, en Insurgentes y Coahuila —era medio sórdido, pero muy barato— que a Carlos le hubieran dado el Premio Villaurrutia por su libro de cuentos *Las llaves de Urgell*. Recuerdo que en algún momento nos dijo: “Ningún otro premio que puedan darme será más importante que éste, porque éste me permitió confirmarme en algo que siempre he tenido dudas: que soy escritor por encima de cualquier otra cosa”.

En efecto, fue por sobre todas las cosas escritor, pero también tuvo un alto concepto de la amistad y, decíamos, fue un enamorado de su tierra natal.

Como esos ríos de la sierra de Chihuahua, que se hacen y se deshacen, aparecen y desaparecen, se dispersan en infinidad de arroyos y se juntan en los barrancos, alisando las rocas, labrando cauces de granito o lamando los troncos de los pinos, llenándolo todo con su murmullo cantarino, su grito ronco o su prolongado alarido al caer —como una serpentina de plata— en

forma de cascada, así la literatura de Carlos, en especial su poesía, iluminó y transmitió lo mejor de su tierra, de la que siempre fue tan orgulloso.

“Ser de Chihuahua es mejor que ser de cualquier otro lugar del mundo”, decía y, en efecto, Chihuahua, y en especial Parral, estuvo en su vida —y ahora en su muerte— hasta el último momento, al grado de que pidió que allá, cerca de una pequeña iglesia, fueran a reposar sus cenizas. Qué privilegio ser de un lugar y amar tanto ese lugar.

En un poema que le dedicó a Parral, dice:

*Como si las tardes nos revelaran un secreto del mundo  
y un recuerdo atravesara mi cuerpo desde una vida que  
[no era mía  
en un largo sueño, en un mismo cuerpo.  
Subíamos por los árboles en las tardes  
hasta las más altas ramas calientes  
como besar ancianas manos, como aspirar  
el olor querido de una casa que ya no existe  
como escuchar una voz muy a lo lejos, en el campo  
el leve viento y el calor inundaban mi pueblo,  
inundaban el Universo.*

Pues bien, como el propio Carlos escribió a raíz de la muerte de Víctor Hugo Rascón, varios jóvenes chihuahuenses dejamos, hace algunas décadas, nuestras montañas, nuestras planicies, nuestros ríos, nuestras fronteras, para llegar a la Ciudad de México. No teníamos parientes políticos, ni famosos ni ricos; no teníamos amigos influyentes, ni directores de periódicos. Pero comenzamos a reunirnos —el propio Montemayor empezó a convocarnos— y a ayudarnos entre nosotros: Víctor Hugo Rascón Banda, Sebastián, Benjamín Domínguez, Joaquín-Armando Chacón, José Vicente Anaya, Carlos y yo mismo. Compartimos trabajos, lecturas y veladas cálidas y a veces interminables, rociadas con vino y en las que al final, por supuesto, Carlos cantaba. Esos años y en especial algunos de esos momentos son ahora uno de los tesoros de mi memoria mejor protegidos.

Porque la amistad, como en la que creía Carlos, es una fuerza profunda, que afirma y reafirma la vida. La amistad nos hace crecer y nos engrandece. Su secreta urdimbre nos lleva más allá de nuestra pobre soledad individual. El trabajo del amigo nos hace mejores, sus éxitos nos tornan más victoriosos, su talento nos eleva. La amistad es una pasión quizá más fuerte que cualquier otra, que nos hace ser más de lo que somos.

Por eso, donde quiera que se encuentre, le agradezco a Carlos Montemayor su amistad, haber compartido nuestra tierra natal, haber coincidido con él en el espacio y en el tiempo, haberme dejado su literatura, tantos recuerdos inmarcesibles y tantas esperanzas en lo mejor del hombre. ■